

EL SILENCIO QUE DEJASTE

No soy un perro violento. Nunca lo he sido.

No sé por qué ladro, pero a veces siento que es lo único que puedo hacer.

Mi historia comienza hace diez años, cuando mi dueño, cuyo nombre nunca supe, me rescató siendo apenas un cachorro, solo e indefenso. Era un día de lluvias intensas, y yo estaba empapado, temblando de frío. Nunca olvidaré el momento en que sentí su tacto por primera vez. Se acercó a mí y, con una ternura desconocida hasta entonces, me envolvió con sus brazos para protegerme de la lluvia. Me llevó a su casa, me alimentó y me dio un baño caliente. Fue en ese instante cuando supe que mi deber sería estar a su lado para siempre.

Me enseñó todo lo que sé: a darle la pata, a no ladrar por las noches y a entender que los zapatos no son juguetes.

Los años pasaron y ambos envejecimos juntos. Vivíamos solo los dos. Mi dueño no solía recibir visitas, así que solo nos teníamos el uno al otro. El paso del tiempo se hizo más evidente en él. Sus manos temblaban cuando intentaba acariciarme, sus pasos se volvieron lentos y pesados. A veces pasaba horas en su sillón, perdido en sus pensamientos. Yo me acurrucaba a su lado, apoyaba mi cabeza en su pecho y escuchaba el cansado latido de su corazón y sus sollozos ahogados.

Una mañana, el aire se sentía más denso, más lúgubre de lo normal. Algo estaba mal.

Lo encontré en su viejo sillón color café, cubierto con la misma manta con la que me había secado la primera vez que nos conocimos. Parecía estar descansando plácidamente. Ya no se le oía respirar con dificultad. Me acerqué a él, pero esta vez no me dio su dulce sonrisa matutina. No se movió.

El silencio reinaba en nuestro hogar.

Intenté despertarlo, primero con mi hocico y luego con mis patas, pero no reaccionó. Entonces ladré. Ladré con todas mis fuerzas, no podía parar, tenía miedo. Ladré

porque no entendía qué estaba pasando, porque el silencio era insoportable, porque mi mejor amigo no abría sus ojos.

Mis ladridos alertaron a los vecinos, esos que jamás habían mostrado interés por nosotros. Se asomaron por la ventana, miraban con caras asustadas. A pesar de mi estado de intranquilidad, pude ver cómo uno de ellos sacó su teléfono y marcó un número con manos temblorosas. Los vi murmurar entre ellos con expresiones de desconfianza. Alcancé a escuchar sus palabras:

—Ese perro es peligroso.

Intenté acercarme a ellos, buscar ayuda, pero se alejaron aún más. Ladré más fuerte, con desesperación. No querían escucharme.

Tiempo después, llegaron unos hombres uniformados. Un fuerte estruendo rompió el silencio y, de repente, la puerta del piso estaba abierta. Entraron de golpe, gritando, intentando alejarme de mi dueño.

Me resistí. Me lancé sobre su sillón, traté de protegerlo, de impedir que se lo llevaran. Pero fue inútil. Me sujetaron con fuerza. Gritaban y me hablaban, pero yo no podía escucharlos. Solo tenía ojos para mi dueño, a quien unos desconocidos estaban llevándose de mi lado, lejos de mí. Lo vi desaparecer al otro lado de la puerta.

Y nunca más volví a verlo.

Desde entonces, mi mundo es gris y frío. Me encerraron en una jaula de metal, rodeado de otros perros que también lloran con desesperación. Cuando los humanos vienen a alimentarnos, me observan con lástima y comentan entre ellos:

—Es agresivo.

—Dicen que atacó a su dueño mientras dormía. Fue un ataque brutal. No sobrevivió.

—Es demasiado peligroso.

Ladro. Ladro con todas mis fuerzas, tratando de decirles que no es cierto. Que ellos, los humanos, fueron los que me arrebataron a mi mejor amigo. Pero no me escuchan. Me observan con terror y se alejan.

No soy un perro violento. No sé por qué ladro. Tal vez porque, en lo más profundo de mi corazón, aún espero que me devuelvan a mi dueño.